

EL AMOR SUFRIENTE COMO REMEDIO DEL FARISEÍSMO

*P. Martín Villagrán, I.V.E.
Roma, Italia*

*«En la cruz se gloriaron todos los apóstoles,
por ella fueron coronados todos los mártires,
santificados todos los santos»
San Teodoro Estudita*

Introducción

La falsificación de la religión y su autenticación pareciera no ser propiamente un tema actual; sin embargo es algo que afecta a la humanidad desde nuestros primeros padres y por eso, por ser un problema «del hombre», es totalmente actual.

A lo largo de la historia la religión y la religiosidad tuvieron sendas líneas de deformación: gnosticismo, racionalismo, sentimentalismo, rigorismo, laxismo, quietismo, activismo, formalismo, etc., etc.

Hoy en día la verdadera religión, la de la Iglesia Católica, se encuentra en crisis profunda puesto que el modernismo, que es la síntesis de todas las herejías¹, ha entrado en su interior bajo el manto del progresismo para corroer lenta y fatídicamente sus mismos fundamentos. La causa de tal nocividad está en que el modernismo y el progresismo contrarían al misterio de la Encarnación. De hecho, la esencia de estos errores está en la mala mezcla² de lo divino y lo humano, de lo sobrenatural y lo natural, de

¹ «*Omnium haeresum collectaneum*». S. Pío X, *Pascendi Dominici Gregis*.

² El p. Julio Meinvielle atribuye a Jacques Maritain la paternidad sobre el progresismo cristiano al ver realizada en su sistema la expresión de la Constitución dogmática «*Dei Filius*» del Concilio Vaticano I (prólogo), «*naturam et gratiam perperam*

lo sacro y lo profano. Y justamente el Verbo se «mezcló» con la Carne para recapitular todo en sí, para re-ligar al hombre con Dios, pero se «mezcló» jerárquicamente, es decir, con la preminencia absoluta de lo divino sobre lo humano.

Perdida la marca de autenticidad (que está en la unión jerárquica de lo divino y lo humano), la religión causa rechazo porque lo falso, lo feo, lo deforme, repugna. Y siendo el instinto de religión tan fundamental y apremiante, los hombres buscarán otras opciones que, por fuerza, serán falsas o defectuosas al no fundarse en el hombre-Dios, Cristo, y en sus enseñanzas.

A pesar de esto, a pesar de la gravedad de esta moderna y extendida herejía, consideramos que la crisis que actualmente atraviesa la Iglesia no debe ser imputada exclusivamente al progresismo.

Creemos que hay de fondo algo más fundamental y esencial que debe ser advertido y denunciado con tanta más vehemencia cuanto mayor es la sutileza que lo reviste.

Creemos, en pocas palabras (sin querer caer en reduccionismos), que entre los factores que provocaron todas las grandes crisis de la Iglesia, incluida la actual, ha cumplido un rol central o al menos determinante, aquel cáncer al que el mundo religioso es propenso: el fariseísmo.

Y consideramos también que contra el fariseísmo es que se produjeron la mayoría de las reacciones en el Cuerpo de la Iglesia que a menudo, por desproporcionadas y alocadas que fueran, lesionaron gravemente la unidad de la misma.

¡Cuidado! es cierto que el momento presente es resultado de un largo proceso de descristianización del mundo en el que las fuerzas del mal han puesto sus mejores energías. No hay que ser ingenuos. No tendríamos el mundo apóstata de hoy si no hubiera habido tantos enemigos astutos y positivamente laboriosos en contra de la Iglesia.

conmiscentes», que él traduce: «haciendo una mala mezcla de la naturaleza y de la gracia». *De Lamennais a Maritain*, 335.

Pero es muy cierto también que la Iglesia tuvo gran responsabilidad; y consideramos que la misma le viene por dejarse arrastrar por aquel vicio que siempre y necesariamente le asechará los talones y contra el cuál no puede bajar la guardia, porque es un vicio hecho a su medida, es un vicio religioso.

Quizás se ilumine esta aseveración trayendo el autorizado y perspicaz juicio de dos grandes pensadores.

El primero, el gran historiador franco-inglés Hilaire Belloc, refiriéndose al ambiente en el cual se desató la Revolución Protestante, afirma que la religión había sufrido entonces un proceso que llama «cristalización de la religión», y lo describe como «una especie de endurecimiento de lo que había sido elástico y fluido, una exageración de la rutina y de las reglas precisas, en oposición a la amplitud del movimiento, un desarrollo de la letra contra el espíritu, una preponderancia del esqueleto en un organismo vivo, en oposición con su carne y su sangre». Y continúa: «Europa vivía una vida realmente católica y estaba sana. Pero lo que podríamos llamar su *vida oficial* se endureció fuera de toda medida. Esto iba necesariamente acompañado de una consolidación de los abusos. (...) Pero se produjo un retraso fatal en el comienzo de la Reforma, y la continuada supervivencia de abusos atribuibles a la rutina no corregida y a intereses creados se mantuvo durante tanto tiempo luego del primer estallido de universal protesta, que la indignación que originaron tuvo tiempo de segregarse de la Fe a una generación entera». Y el mismo autor incluirá de alguna manera a todos los fieles en su análisis: «Junto con esta *cristalización*, este endurecimiento de la acción oficial, existía entre los laicos un mal -y mucho más grave- paralelo: la confianza en los aspectos externos de la religión, a expensas de la vida espiritual». Reconoce que el movimiento iconoclasta fue una verdadera aberración pero diciendo que «no puede haber cabal comprensión de la catástrofe si no se admite que esta reacción hacia una religión personal fue una de las causas principales. “No habéis orado” decían a los hombres, “sólo habéis recitado palabras apresuradas. No os habéis arrepentido, sólo os habéis atendido a la fórmula de absolución. No habéis hecho adoración, sino cumplido un ritual. Habéis abandonado a Dios por sus criaturas y habéis dejado morir de hambre la necesidad que dormía en vuestro interior. Despertaos y comed”. Las multitudes respondieron por todas partes. El llamado sonaba a sincero. Había un elemento real en el nuevo y furioso

entusiasmo, elemento sin el cual toda mentira es impotente. Era ese grado de bien sin el cual el mal carece de efecto»³.

El segundo, el padre Castellani⁴ ve en el fariseísmo la causa más verdadera de las revoluciones comunistas en Rusia y en España. «¿Cómo hizo Rusia, la Santa Rusia, la Tierra-de-Dios para llegar a ser la sede de los Sin-Dios? Es imposible imaginarse el fenómeno de odio colectivo a Dios y la aparición del primer estado anti-teo, sin contar con el estado de la religión rusa, desvirtuada por diez siglos de cisma, hundiéndose en el progreso degenerativo de la superstición y del fariseísmo» (161). Y en España, adonde los rusos llevaron su ideología satánica, ya había una masa maldispuesta de «gente humilde que no quería saber más “con los curas”». Cómo explicar si no «por qué una parte admirable del pueblo español (que se confunde con la esencia del catolicismo, según un escritor español), por qué una gran parte del pueblo pobre de España se puso de golpe a odiar a Dios, sañudamente a querer destruir a Dios, es decir los sacerdotes, monjas, templos, cálices, crucifijos, imágenes; las imágenes terrenas de Dios» (160).

Por último, digamos en esta breve introducción algo sobre la extensión de este fenómeno. Será necesaria esta aclaración al comienzo puesto que más adelante, en los intentos de descripciones del hombre fariseo, encontraremos muchos elementos que casi se confunden con elementos que también caracterizan al progresismo cristiano actual. Será necesario, pues, no reducir el problema a un sector puesto que fariseísmo hay entre los progresistas (sensibleros, racionalistas y banalizadores), lo hay entre los «integristas» (de doctrina y disciplina rígidas), y lo hay entre los católicos que aparecen como fieles al Papa y sus enseñanzas. El problema está más allá de estas categorías en las que gran parte del mundo católico puede ser «catalogado». Es un problema más universal puesto que es un problema más esencial.

Considerando pues, que tales son los frutos y la extensión del fariseísmo, ensayaremos un análisis del mismo, buscando siempre un remedio adecuado a semejante mal. Porque si bien es difícil corregir los vicios, y más aún si son espirituales, está en nuestras manos denunciarlos con mi-

³ H. BELLOC, *Así ocurrió la Reforma*, THAU S.A., Buenos Aires 1984, Cap. III, 41-44.

⁴ L. CASTELLANI, *Las ideas de mi tío el cura*, Excalibur, Buenos Aires 1984.

sericordia, proponiendo al mismo tiempo alguna medicina. Pero, hay que entenderlo, el fariseísmo presenta obstáculos del todo complejos por la ceguera espiritual, la soberbia y la dureza de corazón que lo informan.

1. Falsificación de la Religión

¿Se puede falsificar la religión? Claro que sí y la de la religión será la peor de las falsificaciones porque «la corrupción de lo óptimo es lo pésimo». Su máximo exponente es el «fariseísmo» y puede afectar tanto a la «jerarquía» -que por vocación u oficio deben enseñar, regir y santificar al resto- como a cada fiel o infiel particular. Pero son los hombres religiosos, o que se consideran tales, los que pueden corromperse pues el que no tiene «religiosidad» no corre el riesgo, porque de la nada, nada sale.

Veamos pues, al menos brevemente, en qué consiste esa falsificación de la religión, cuáles son sus grados, en quiénes puede darse y cuáles son sus víctimas⁵.

a. Naturaleza

El fariseísmo «(...) es la soberbia religiosa: es la corrupción más sutil y peligrosa de la verdad más grande; la verdad de que los valores religiosos son los primeros. Pero en el momento en que nos los adjudicamos, los perdemos; en el momento en que hacemos nuestro lo que es de Dios, pasa a ser de nadie⁶, si es que no deviene propiedad del diablo (...) El fariseo es el hombre de la práctica y de la voluntad, es decir, el Gran Casuista y el Gran Observante»⁷.

La malicia intrínseca del fariseísmo y lo que lo hace tan nocivo es, entonces, el perder el centro de la vida espiritual, habiendo tenido cierta vida espiritual y teniendo alguna obligación de comunicarla.

⁵ Entre las víctimas del fariseísmo se encuentra el p. Leonardo Castellani cuyo magisterio seguimos en estas reflexiones, convencidos del valor providencial que tuvo su historia personal dentro de la vida de la Iglesia moderna.

⁶ La Edición que citamos dice «deja de ser de nadie». Sin embargo creímos evidente que debería decir «pasa a ser de nadie».

⁷ L. CASTELLANI, *Cristo y los fariseos*, Ediciones Jauja, Mendoza 1999, 12.

El fariseo no ha tenido aquel «dulce encuentro en el centro más profundo de su alma»⁸, pero alguna experiencia ha tenido. Y, sin dejar de considerar la religión como el valor más elevado, lo atrofia porque se pone a sí mismo como regulador de una realidad que pasó por él, al menos en los aspectos más exteriores y superficiales, pero que no parece ser para él (se repelen mutuamente) o parece ser más que él (lo excede). Pero aunque disimule no entender esa desproporción que hay entre él y el objeto que tiene en sus manos, quiere sin embargo continuar en esa situación de posesión y dominio, por lo que deberá acomodar el objeto que lo supera a sus pequeñeces. De ahí brotarán toda clase de deformaciones, fingimientos y farsas que tanto evidencian su filiación con el «padre de la mentira».

En el fariseo hallamos «un compendio de todos los vicios espirituales, avaricia, ambición, vanagloria, orgullo, obcecación, dureza de corazón, crueldad, que ha llegado a vaciar por dentro las tres virtudes teologales, constituyendo así el pecado contra el Espíritu Santo»⁹.

De un modo más orgánico, siempre dentro del tratado de justicia¹⁰, Santo Tomás demuestra que la hipocresía se opone «directamente» a la veracidad -«virtus veritatis»- (no a la virtud de la religión, como parecería deducirse de las descripciones de Castellani). La razón de esto es que la hipocresía es «una especie de simulación mediante la cual se finge tener una dignidad que no se tiene (...) y de ello se sigue su oposición directa a la verdad, por la que uno se manifiesta de obra y de palabra tal cual es, como se nos dice en IV Ethic.».

Sin embargo, se puede ver la «relación íntima, aunque indirecta», que para el santo hay entre la virtud de la religión y el fariseísmo.

Por un lado dice el Aquinate¹¹ que las Escrituras suelen referirse al hipócrita como aquel que no procura alcanzar la santidad sino tan sólo aparentarla; pero es el mismo santo Tomás quien, en otro lugar, identifica

⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*.

⁹ L. CASTELLANI, *Cristo y los fariseos*, Ediciones Jauja, Mendoza 1999, 14-15.

¹⁰ II-IIae 111, 3.

¹¹ II-IIae, 111, 4 corpus: «In hypocrisi duo sunt, scilicet defectus sanctitatis, et simulatio ipsius».

santidad con religión diciendo que sólo existe entre ambas una distinción de razón¹².

Por todo esto podemos decir que el fariseo, si bien directa y formalmente peca contra la veracidad, de modo indirecto peca contra el obrar virtuoso, contra la santidad de vida, en cuanto que éste es el objeto de su falsificación. El fariseo busca realizar obras virtuosas, pero no por sí mismas sino como instrumento, como signos de su fingida «santidad» («instrumentaliter, quasi signa illius virtutis»¹³).

b. Grados

En varias partes el padre Castellani afirma que, según aparece en el Evangelio, el fariseísmo «tiene como siete grados:

1º) la religión se vuelve exterior y ostentatoria.

2º) la religión se vuelve rutina y oficio.

3º) la religión se vuelve negocio o *granjería*.

4º) la religión se vuelve poder o influencia, medio de dominar al prójimo.

5º) aversión a los que son auténticamente religiosos.

6º) persecución de los verdaderamente religiosos.

7º) sacrilegio y homicidio».

(Se despliega pues) «desde la simple *exterioridad* (añadir a los 613 preceptos de la Ley de Moisés como 6.000 preceptos más y olvidarse de lo interior, de la misericordia y de la justicia) hasta la *crueledad* (es necesario que Éste muera, porque está haciendo muchos prodigios y la gente lo sigue;

¹² II-IIae, 81, 8. «Así, pues, se llama santidad a la aplicación que el hombre hace de su mente y de sus actos a Dios. *No difiere, por tanto, de la religión en lo esencial, sino tan sólo con distinción de razón.* Se le da, en efecto, el nombre de religión por servir a Dios como debe en lo que se refiere especialmente al culto divino, como en los sacrificios, oblacones o cosas similares; y el de santidad, porque el hombre refiere a Dios, además de eso, las obras de las demás virtudes, o en cuanto que, mediante obras buenas, se dispone para el culto divino».

¹³ II-IIae 111, 3, ad 1.

que muera del modo más ignominioso y atroz, condenado por la justicia romana) pasando por todos los escalones del fanatismo y la hipocresía»¹⁴.

En la manifestación más avanzada de esta enfermedad hayamos pues, lo demoníaco, que engloba todos los otros grados, alcanzando una crueldad tan fría y refinada que hasta la muerte de un Dios llega a procurar y lograr.

Están, sin embargo, los grados menores y las formas más solapadas, de las que todos debemos cuidarnos para no terminar desbarrancando por no enderezarnos tras los primeros tropezones. Hay falsedades más «humanas» y cotidianas que van corroyendo nuestra transparencia y franqueza en la relación con nosotros mismos, con el prójimo y hasta con el mismo Dios. A Éste último no lo podemos engañar, a nosotros a menudo y al prójimo fácilmente.

En otra parte el mismo Padre Castellani da una rica descripción en la que señala juntamente la naturaleza y los grados del fariseísmo: «no es la muerte, es como una esclerotización de lo religioso en uno. Es un complejo proceso, tiene muchas formas y grados: desde la imperceptible desecación y vuelta a lo exterior, que es su comienzo, ese sobrepeso del cuerpo (social) sobre el alma (mística) de la Iglesia que llaman *religión estática* o *traspaso de una mística en política* (Peguy) hasta la odiosa y criminosa hipocresía –mezcla de orgullo, ambición, avaricia, mentira, impiedad, dureza-, contra quien tuvo que luchar Cristo (...) Entre aquello y esto hay infinidad de grados medios: aulicismo, curialismo, clericalismo o pretensión del clero a regir lo civil, eclesiasticismo rutinario, fachadismo o religión de aparato, ambicioncilla, intriguilla eclesiástica, beatería, frailonería o repugnancia al trabajo o al riesgo, etc.»¹⁵.

c. Sujetos

Todos los vicios son hábitos y, como tales, permanecen estables en el alma a fin de facilitar el dinamismo de la vida moral (mala, en el caso de los vicios). Y la tal estabilidad le viene por tener un sujeto, un soporte, una base firme, que será necesariamente aquella misma facultad que haga de sujeto a

¹⁴ L. CASTELLANI, *El Evangelio de Jesucristo*, Editorial Vórtice, Buenos Aires 1997, 242.

¹⁵ L. CASTELLANI, *Las ideas de mi tío el cura*, Excalibur, Buenos Aires 1984, 160-161.

la virtud que este vicio contraría. Podemos, por ejemplo, decir que la gula tiene por sujeto el apetito concupiscible porque su opuesto, la abstinencia, allí lo tiene. En este sentido el sujeto del fariseísmo sería la voluntad puesto que la virtud de la veracidad, a la cual contraría y deforma, es parte potencial de la justicia, cuyo sujeto es ese apetito espiritual llamado voluntad.

Sin embargo aquí no queremos señalar el sujeto psíquico del fariseísmo. Queremos más bien señalar a las personas que se puedan ver afectadas por esta enfermedad espiritual. Y, entre ellas, delimitar como dos niveles para los cuales propondremos medicinas no del todo diversas aunque sí de distinto «nivel».

Esta división de los posibles sujetos personales, distinguidos a modo de niveles, es simplemente aquella de «pastores y rebaño», o «maestros y discípulos» o «reyes y vasallos»; binomios que pueden reducirse a aquél único de «jerarquía-pueblo fiel», cuyas relaciones están determinadas por ese triple oficio que Cristo (sacerdote, profeta y rey) comunicó a su Iglesia. La Iglesia, en efecto, tiene el oficio sacerdotal de santificar, el oficio profético de enseñar y el regio de gobernar.

De estos oficios participan todos los cristianos en cuanto miembros unidos a este Cuerpo Místico por medio del Bautismo, aunque algunos lo hacen con un encargo especial y concreto recibido de Dios por medio de las autoridades por Él establecidas en la tierra.

Distingamos pues, en adelante, entre estos dos grupos: los que ocupan en la Iglesia un lugar ordinario, sin particulares encargos u obligaciones; y los que están constituidos en dignidad dentro de la Iglesia ya sea en razón de su ordenación sacramental o por diversas designaciones o nombramientos en orden al gobierno, instrucción o santificación del pueblo de Dios.

El rebaño

Los fieles «ordinarios», a diferencia del segundo grupo, el de los pastores, no se pueden adueñar de la religión con tanto perjuicio para los demás; sin embargo, pueden caer en «actitudes» farisaicas muy a menudo y hasta pueden cultivar en sí un «espíritu» farisaico que, a la larga o a la corta, tendrá notoria injerencia en la comunidad.

Entre estos hay quienes no son tan «fieles» y ya han dejado de practicar su fe al menos en sus aspectos exteriores, conservando, dicen ellos, lo interior, el espíritu de pertenencia a la Iglesia o, más en general, su amor a Dios. Son los que han conseguido tranquilizar sus conciencias diciendo que ellos no roban ni matan, pero tampoco van a Misa, porque consideran que no es necesario tener que andar mostrando a los demás la bondad moral propia. Y, acto seguido, empiezan a imprecicar contra los «fariseos que van a la iglesia y se golpean el pecho y después en su vida privada desdicen lo que rezaba su piedad pública», etc., etc.

Condenan a los «catolicones» hipócritas y canonizan su espiritualidad como de mayor sinceridad e interioridad. Van a afirmar que ellos hablan mucho con Dios, o sea rezan, y quizás lo hagan de alguna manera. Pero el diálogo que con Dios conservan suele ser un monólogo un tanto infantil que trivializa la imagen de Dios y que busca más bien tener algún sentimiento de religión por medio del cual logran conservar sin remordimientos su actual situación moral y espiritual. En el fondo ellos son también unos hipócritas.

Otros hay, en este primer grupo, que tienen una participación más regular en los actos de culto público y que se acercan con mayor frecuencia a los sacramentos y a las diversas devociones. Suelen venir de familias católicas en cuyo seno estas prácticas se estimulan y conservan.

Entre estos solemos hallar a los buenos católicos, los de una espiritualidad auténtica; porque si bien es cierto que la vida espiritual se define en la relación intimísima del alma con ese Dios «que ve en lo oculto» (Mt 6,4), no por esto el hombre debe olvidar su condición material y su dimensión social.

Sin embargo, el cristiano auténtico no puede fundarse tan sólo en esta dimensión social, visible y externa. De hecho, existe una forma de escaparse del compromiso que la verdadera espiritualidad impone, refugiándose bajo el caparazón de los aspectos más exteriores de nuestra religión. Refiriéndose a la sociedad católica de la postguerra dice el padre Fabro: «Esta lamentable situación de las masas que no profesan el ateísmo, pero que no aceptan el sacrificio de aquel mínimo de renuncia que implica toda vida

cristiana auténtica, es en última instancia, un fenómeno cultural típico de la cultura contemporánea»¹⁶.

Hoy en día el abandono y la apostasía en las masas es mayor, pero sigue existiendo ese tipo de católicos «bastante buenos» pero a quienes falta la totalidad, la radicalidad. Tienen buena formación, amistades sanas y no carecen de nobles ideales; pero, al mismo tiempo, «reciben bienes en esta vida» (cf. Lc 16,25). La vida les sonríe ya sea porque la naturaleza les proporcionó talentos y con un poco de esfuerzo y fortuna los han hecho fructificar; o porque la sociedad que los rodea los reconoce, los aplaude y hasta les ofrece su amistad. Y como en ellos no arde el fuego del Evangelio se les va embelesando el alma ante el resplandor del mundo y comienzan a vivir la bondad natural, lo cual es suficiente para no perder esas amistades, honores y beneficios, mundanos en su mayoría. Obviamente, cuando corra riesgo el honor de Dios y de sus cosas ellos diluirán todo y brillarán por una falsa mansedumbre y afectada comprensibilidad. Por principio estarán de acuerdo con las doctrinas de Cristo y la Iglesia, incluso las más duras; pero en su vida cotidiana no las practicarán ni, mucho menos, las predicarán e incentivarán. Es triste ver este estancamiento y tanto más cuanto son ellos los que más parecen haber recibido. Y por eso es grave su situación; porque en ellos debería brillar la luz de Cristo hasta casi encandilar y apenas si opaca su entorno con una llama exangüe ahogada por el humo del mundo. Falsedad, cáscara, seguridad mundana, apariencia, pura cosecha de beneficios, comodismo y esterilidad: fariseísmo laical.

¹⁶ C. FABRO, *Reflejos religiosos en el pensamiento moderno*. «El Reino de Dios en el mundo libre del pensamiento parece que va diluyéndose cada vez más. La religiosidad colectiva, que en otros tiempos tenía familias y pueblos junto a los altares y reunía a las multitudes en los momentos más críticos de la vida de la Iglesia, está casi completamente desvanecida. Algunos fenómenos recientes de ‘recuperación religiosa’ (si así puede decirse) en los momentos más arduos de la guerra y la lucha política no deben inducir a engaño: aquellos que siguen con mirada atenta el ritmo espiritual de las conciencias, saben cuán fugaz sea este repliegue de la conciencia contemporánea sobre lo sagrado el cual se lleva a cabo en torno a los símbolos de la fe más por terror de alejar una catástrofe inminente que por el esfuerzo de afirmar en la vida concreta sus convicciones. Y de hecho, la vida apenas se siente asegurada del peligro inminente, vuelve a su ritmo de calculado hedonismo: *signo de que el fuego divino no brilla más, porque nunca se encendió de veras*» (Cursivas nuestras).

Pastores

Llegamos por fin a donde queríamos. Toda reforma de un cuerpo social comienza por la cabeza y si nuestra religión quiere ser luz para las naciones debe pedir el don de pastores santos y auténticos según el Corazón de Cristo (cf. Jer 3,15).

La jerarquía religiosa no deja de ser humana y administra sin embargo dones divinos. De ahí la enorme dificultad de su ministerio ya que «lleva tesoros en vasijas de barro» (cf. 2Cor 4,7).

El Papa, los Cardenales y Obispos, sus vicarios, secretarios y colaboradores, los párrocos, los vicepárrocos, los encargados de las diversas «comisiones», los catequistas, los jefes de grupos, los superiores y superiores religiosas: todos estos pueden deformar la religión, en ellos mismos primero, y luego en quienes se coloquen bajo su magisterio.

Por algún misterioso motivo, es especialmente doloroso encontrar defectos en la madre. Nuestra Madre Iglesia los tiene en cuanto humana y eso duele.

Sin señalar personas concretas a quienes no queremos denunciar directamente en este trabajo, creemos que es necesario describir al menos brevemente algunos de los rasgos farisaicos que ciertamente se hallan y se hallarán entre los más altos prelados y sus émulos.

A causa de ellos nuestra fe se vuelve hueca y la misión de la Iglesia de ser sacramento de salvación, se confunde y queda incumplida.

¡Qué lejos de los santos Obispos mártires están aquellos que, mostrándose sonrientes, simpáticos, sociables y abiertos, no tienen en su interior más que la podredumbre del interés propio, de la propia satisfacción y de la propia seguridad! Y ese barniz que los cubre, brilla a los ojos de los demás. Es por eso difícil conocer su fondo, como es difícil para el inexperto o el distraído distinguir el trigo de la cizaña en sus comienzos. Sólo sus frutos nos permiten percibir el hedor de la putrefacción espiritual. Porque no tienen frutos de vida eterna; en esto son estériles. Y tienen, para más, una especial capacidad para perder el terreno ganado, entregando los frutos maduros a las inclemencias del tiempo moderno; porque ni cosechar quieren.

¿Qué quieren? Por los frutos nuevamente, algo podremos enterarnos de lo que quieren. Porque, según sus deseos, dan «frutos abundantes» y por esos éxitos que alcanzan es que podemos coleccionar que los fariseos tienen en alta estima los altos cargos y honores que advienen con el ministerio; pero los estiman en sí, por los beneficios que les significan, y no para el servicio de las almas.

Este apego egoísta queda evidenciado a menudo porque frecuentemente se presentan ocasiones para poner a prueba el celo del pastor. Por ejemplo, cuando hay algún asunto complicado o fastidioso por afrontar (una calumnia a un justo, un inocente que sufre, etc., a quienes puede defender), entonces, recurren hábilmente al arte de la evasión y hacen la vista gorda a todas estas obligaciones que les acusan su conciencia y oficio. Antes que enemistarse con colegas suyos, que calumnien o sean injustos, preferirán excusarse de toda intervención seria y clara amparándose en un irenista «pro bono pacis»; tendrán, en estas situaciones y conflictos, una «fe fortalecida» en la obediencia (de los otros) debida a los superiores legítimos «quienes deben ser vistos como el mismo Dios». Abusando de esta verdad, justificarán las injusticias y las durezas de los demás dignatarios para con sus súbditos diciendo que «todo padre debe, a pesar suyo, mas por el bien de su hijo, reprender, amonestar y castigar»; y ellos mismos harán, a su tiempo, recurso constante a su autoridad dirimiendo las cuestiones engorrosas «en virtud de la santa obediencia»; notablemente el diálogo brillará por su ausencia o se verá reducido a la formalidad de una entrevista en la que todo estará decidido y sentenciado previamente. Será obediencia fuera del ambiente de la caridad: una aberración.

Toda esta situación se repetirá incesantemente puesto que el pastoreo de las almas es una cosa difícil que exige, por la cantidad de problemas y peligros que significa, un corazón entregado y amante del sacrificio por los demás. Si falta esto, esa serie de encontronazos de este tipo irá formando un corazón cargado de sutilezas farisaicas por medio de las cuales podrá este falso pastor esquivar las cuestiones penosas y conservar su cargo y beneficio.

Su trabajo pastoral será digno de risa. Eternas reuniones perdidas en nimiedades, multiplicación de comisiones con sus oficios y nombramientos honrosos, elaboración de planes incapaces de trascender el escritorio,

etc., formarán parte esencial de su estrategia apostólica. No tardará mucho en verse a las claras su pequeñez de alma cuando se presente el «terrible problema» del sustento económico de la obra. Este tema es clave en sus mentes: desde allí se parte para planificar y según esto se harán los balances. Por eso tienen horror al riesgo y se vuelven extremadamente calculadores¹⁷.

Sus colaboradores no se quejarán porque seguramente ellos mismos tienen un corazón farisaico, mezquino y atrofiado en intereses personales. Por algo fueron escogidos para el cargo y por algo lo conservan. Son incapaces de contradecir al superior aunque se les pase la vida soportando y callando todos estos defectos y pecados.

La pastoral de los fariseos sigue criterios meramente humanos (en el mejor de los casos).

Con respecto a esto, es necesario y doloroso advertir que entre los más altos prelados de la Iglesia (y, como por contagio, en gran parte del clero y del laicado) está extendida una nociva reflexión sobre la relación de la Iglesia actual con el mundo moderno.

Sin gran genialidad ni originalidad, se aplauden y se repiten mutuamente pensadores y guías que exponen, con diversos matices y pobres aportes personales, ideas muy afines a aquella Nueva Cristiandad que el pensador francés Jacques Maritain proclamaba¹⁸.

Sutilmente estos análisis y propuestas pastorales van inmergiendo a los católicos en una funesta somnolencia en la que el objetivo no pareciera ser otro que el de alcanzar una «madura» resignación ante el fracaso del cristianismo y sobre todo de la Cristiandad. Esta resignación, que ne-

¹⁷ Un pastor usó una expresión que tristemente se asemeja (hasta con rima) a nuestro «no ser esquivo a la aventura misionera» (Constituciones n° 257). Dijo éste a sus sacerdotes: «Animo a todos a lanzarse en la aventura de pedir dinero afuera».

¹⁸ «Una Cristiandad que debe aceptar el curso de la historia y, en consecuencia, al mundo moderno, que si había sido liberal, caminaba ahora hacia la ciudad comunista. Era esta una Cristiandad laica y secularizada. En realidad, una Cristiandad que se negaba a sí misma. (...) Al perderse la correcta idea de Cristiandad, se perdió, en consecuencia, el recto planteo y formulación de las relaciones de naturaleza y gracia, de Iglesia y civilización, de Dios y el mundo». J. MEINVILLE, *De la Cábala al progresismo*, Edición Calchaquí, Salta 1970, 389.

cesariamente está lejos de ser cristiana, desemboca en un sinnúmero de conclusiones y directivas realmente tan insensatas que llama la atención que hombres tan eminentes puedan llegar a proponerlas y hasta a estar convencidos de su luminosidad.

Dirán, por ejemplo, que el «proyecto medieval» (así llaman al proyecto de sociedad en el que la Ley de Dios rige en todos los estratos y ámbitos de la sociedad) es imposible de proponer al mundo de hoy que es, siempre con un ambiguo valor positivo en sus mentes, esencialmente «pluralista». De ahí que el cristianismo debe dar un sistema de principios morales generales que permita sean acogidas las múltiples opciones de los hombres de hoy; así, el «dinamismo del mensaje cristiano se pone realmente al servicio del mundo moderno» (sic).

Trastocados a tal punto los fundamentos de la auténtica evangelización, el resultado es funesto: un movimiento de retirada generalizada, un replegarse a las sacristías nuevamente, un derrotismo melancólico lleno de cálculos humanos, con las puertas cerradas a la acción de la Gracia y al milagro.

Son éstos, pensamientos y propuestas del progresismo moderno; queremos, sin embargo, proponer una vez más, la tesis de que lo que da base y forma a esta actitud, es el fariseísmo. ¿De dónde si no tanta ceguera y defeción en tantos pastores que hacen del oficio de conducir las almas a la verdad plena que es Cristo, una oficina en la que se intenta acoger a todos sin fastidiar a nadie, a precio de confundir a todos sin salvar a nadie?

Es ciertamente una labor difícil establecer la «relación entre fariseísmo y progresismo», cuestión que ameritaría quizás una exposición más prolongada y prolija.

Por un lado, es cierto que nos encontramos con muchos progresistas que no son fariseos, es decir, cristianos que son sinceros y transparentes en su relación con Dios pero que tienen la cabeza mal formada. Por otro lado están aquellos que, siendo verdaderos fariseos, han aprendido, profesan y hasta difunden la recta doctrina.

Podemos, entonces, determinar una primera «distinción» fundamental diciendo que el progresismo es un defecto de la inteligencia (obviamente con sus consecuencias prácticas, morales y espirituales) y el fariseísmo,

en cambio, es la maldad del corazón (ya dijimos que su sujeto psíquico es la voluntad).

Sin embargo, más allá de esta diferencia, el progresismo puede considerarse un producto y un instrumento del fariseísmo.

Un «producto», en cuanto que la falsificación gestada por el fariseísmo en el campo religioso dispone o conduce a multitud de errores en este mismo ámbito, según el axioma agustiniano: «el que no vive como piensa termina pensando como vive». En este sentido podríamos decir que el progresismo es uno de los tantos frutos del fariseísmo.

Un «instrumento», en cuanto que se hallan muchos elementos en el progresismo cristiano (sus medias verdades, sus sofistas aproximaciones al mundo, el vaciamiento y la banalización de lo sacro, su odio a la Tradición, etc., etc.), que dan al fariseísmo protección y campo propicio para subsistir y desarrollarse.

Para finalizar este punto traemos un texto de nuestro Directorio de espiritualidad (nº 108) donde se da una interesante tipificación de los defectos que más se dan en los sacerdotes. En relación a nuestro tema nos parece muy iluminador transcribir tan sólo algunos que consideramos íntimamente ligados al vicio del fariseísmo:

«Es digno de tener en cuenta algunas de las tentaciones más comunes que observamos en nosotros mismos, dañando nuestra vida espiritual y pastoral. Entre estos estados están el sacerdote *egocéntrico* que busca la gloria humana, o sea, el que busca agradar a los hombres más que a Dios (cf. Gal 1,10), se preocupa sólo de lo que le afecta personalmente, es hiperceloso sobre todo si los sacerdotes más jóvenes tienen más dotes que él; *el funcionario*, con espíritu de empleado público burocrático, con multiplicadas exigencias para la gente a quien ve como clientes, se cree “obediente”, porque cumple con las formalidades pero no quema ni se quema con el fuego del Espíritu Santo, no sabe del aventurarse por Cristo, no es creativo, no realiza apostolados inéditos, “no hace el camino al andar”, no se da cuenta que el sacerdote debe ser poeta, artesano; (...) *el mediocre*, se ampara bajo un falso equilibrio, se considera «línea media», toda magnanimidad le parece soberbia, todo heroísmo le parece extremismo, toda generosidad le parece exageración, todo mediocriza: sea retiros, cam-

pamentos, misiones populares, catequesis, su propia vida espiritual, etc.; **el localista**, sólo se preocupa por los intereses de campanario, vive enfrascado en su obrita, tiene espíritu de ghetto, pareciera que la Iglesia se agotase en su parroquia, ciudad, provincia o país; si es del clero diocesano le parece pecado si algún joven conocido quiere ser religioso, si es religioso sufre que quiera entrar en una congregación que no sea la de él, no entiende lo de la Iglesia “misionera por naturaleza”¹⁹, su problema se agota con el vicario cooperador, o con una viejita, o con el párroco vecino, o con el obispo propio y no se ve como problemas ni la “invasión de sectas”²⁰, ni el ateísmo militante, ni la descristianización de la cultura (...); **el afectado**, todo elegante y limpio, es un primor, pero todo brillo exterior, se queda en los detalles y ese es su mundo, se le escurre entre las manos el “sacrum” de la liturgia, le falta garra, fortaleza y mundo en el sentido no peyorativo de la palabra; **el avaro**²¹, elige los apostolados según el rendimiento económico, interesado más por los estipendios que por la salvación de las almas, los gastos de las misiones populares, ejercicios espirituales, etc., le parecen un imperdonable derroche, no invierte en pastoral sino en financieras, todos los pobres que golpean a sus puertas son aprovechadores, no entiende que hay que hacerse bolsas que no se gastan (Lc 12,33); (...) **el trepador**, se arrima a la autoridad adulándola para ascender, ve el sacerdocio como un escalafón, cuida mucho su imagen, suele ser de psicología feminoide, y por lo tanto intrigante, es incapaz “de florecer donde lo han plantado”, quiere estar en macetas puestas en balcones...».

d. Las víctimas

Como indica el sexto de los siete grados que pusimos, el odio de los fariseos se dirigirá necesariamente «a los que son auténticamente religiosos». «Instintivamente, con más certidumbre y rapidez que el lebrele huele

¹⁹ AG, 2.

²⁰ Documento de Puebla, n° 419.

²¹ Más abajo consideraremos tan sólo algunos aspectos del fariseísmo a la luz de la Sagrada Escritura. Como no haremos allí referencia puntual «¿Cómo podéis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?» (Jn 5,44). A la avaricia del fariseo resaltamos acá simplemente un apelativo que Lucas les da y es el de «amigos del dinero» (Lc 16,14).

la liebre, el fariseo huele y odia la religiosidad verdadera. Es el contrario de ella, y los contrarios se conocen. Siente cierto que si él no mata, ella lo matará (...) El fariseísmo es esencialmente homicida y deicida. Da muerte a un hombre por lo que hay en él de Dios»²².

El padre Castellani confiesa envidiar de Jesucristo el coraje que tuvo al luchar contra el fariseísmo²³; sin embargo es sabido que, como para Jesucristo, fue éste el combate que ocupó toda su vida y que le dejó las heridas más valiosas: «Si alguno en la Argentina quisiera saber lo que sufre un sacerdote auténtico, lea las obras del Padre Leonardo, ciertamente, que ninguno lo igualará, pero habrá muchas analogías»²⁴.

Su vida fue un constante enfrentamiento con el fariseísmo de aquellos que tenían autoridad sobre él y que apelaban a la santidad de la obediencia para ordenarle cosas que, de seguirlas, muy seguramente le tornarían el juicio. En los temas, personajes y tramas de sus obras no es difícil vislumbrar una especie de autobiografía proyectada en la que se presenta desde diversas perspectivas aquel misterio del hombre justo que padece la hipocresía de la autoridad legítima por querer ser auténtico, verdadero y veraz, coherente o tan sólo por llamar a las cosas por su nombre. Piénsese en el sacerdote poeta y escritor catalán Jacint Verdaguer sobre quien Castellani cuenta que decía otro prelado fariseo: «es un sabio, pero es un descentrado»; o en el filósofo danés Sören Kierkegaard, hombre auténticamente religioso, el cual se inmoló en un combate contra el protestantismo hegeliano ganándose así la contradicción sañuda y cruel de la jerarquía establecida.

Otros casos admirables que podemos destacar son el de santa Juana de Arco y el de san Juan de la Cruz: la primera, guerrera de Dios, quemada en la hoguera como bruja por juicio injusto de los eclesiásticos de su Nación; el segundo, místico reformador del Carmelo que sufrió, entre tantas otras cosas, nueve meses de prisión durísima de parte de sus hermanos en religión, que lo acusaron de contumacia, rebeldía y cosas por el estilo.

²² L. CASTELLANI, *Cristo y...*, 16.

²³ L. CASTELLANI, *El Evangelio...*, 243.

²⁴ C. Buena, Prólogo a *Las ideas de mi tío el cura*, de Castellani (op. cit.)

En su libro «Piedras de Escándalo» el Padre Cejas plantea el interrogante de por qué la persecución se da siempre contra los hombres santos de la Iglesia:

«¿Parecería más lógico que en la diana de las críticas estuviesen aquellos cristianos -corruptos, falsarios, crueles, inmorales, perversos (...)- que deshonran con sus actuaciones la fe recibida en el Bautismo»²⁵.

Y trae una cita en la que hallamos una respuesta semejante a lo apenas dicho a la vez que complementaria:

«El escándalo es la expresión violenta del resentimiento del hombre contra Dios, contra la esencia misma de Dios, contra su santidad. En lo más profundo del corazón humano dormita, junto a la nostalgia de la fuente eterna (...) la rebelión contra el mismo Dios, el pecado, en su forma más elemental que espera la ocasión propicia para actuar.

Pero el escándalo se presenta raramente en estado puro, como ataque abierto contra la santidad divina en general; se oculta dirigiéndose contra un hombre de Dios: el profeta, el apóstol, el santo, el profundamente piadoso. Un hombre así es realmente una provocación. Hay algo en nosotros que no soporta la vida de un santo, que se rebela contra ella buscando como pretexto las imperfecciones propias de todo ser humano, sus pecados, por ejemplo. ¡Éste no puede ser santo! o sus debilidades, aumentadas malévolamente por la mirada oblicua de los que le rechazan (...) En una palabra, el pretexto se basa en el hecho de que el santo es un hombre finito»²⁶.

El odio del fariseo contra el hombre religioso es, entonces, por aquello que en él hay de divino; lo encubre, sin embargo, alegando contra lo que en él hay de humano.

2. Dios y los fariseos

En este punto encontraremos lo más preciso y verdadero que se pueda decir en relación al fariseísmo porque traeremos a consideración nada

²⁵ J. M. CEJAS, *Piedras de escándalo*, Ediciones del Verbo Encarnado, San Rafael 2010, 27.

²⁶ J. L. ILLANES, «Nueva Revista», abril 1992, 52.

más y nada menos que lo que Dios mismo nos ha hecho saber que piensa sobre el tema.

No podremos, ni es nuestra intención, hacer una exégesis en sentido estricto sobre los textos y pasajes elegidos. Sin embargo creemos que es tan patente la presencia en la Biblia de una constante denuncia al fariseísmo que, a pesar de nuestras limitaciones científicas, alguna luz trataremos de dar por medio del texto sagrado, siguiendo el ejemplo de san Agustín el cual dijo: «Intentaré hacerlo (explicar cierto pasaje bíblico) en la medida en que soy capaz de comprenderlo; otros habrá sin duda que, o porque son más peritos en la Escritura o porque habrán alcanzado una luz más abundante, podrán hacerlo mejor; yo os diré simplemente lo que comprendo, a fin de que, ya desde ahora, no os veáis totalmente privados del conocimiento de la Escritura»²⁷.

a. Antiguo Testamento

Traemos tan sólo un ejemplo del Antiguo Testamento para mostrar de alguna manera la preexistencia del problema en el primitivo Pueblo de Dios. Muchos son los lugares en los que se van denunciando las distintas facetas del fariseísmo en los sacerdotes, líderes y demás hombres que guardaban especial relación con lo religioso. La historia de Israel es la historia de la infidelidad del Pueblo elegido hacia aquella Alianza, que se mantuvo tan sólo porque Dios es fiel.

El profeta Ezequiel recibe la incómoda y peligrosa tarea de denunciar de parte de Dios a sus mismos pastores: «Hijo de hombre, habla de parte mía contra los pastores de Israel, ¡profetiza! Les dirás a los pastores: esta es una palabra de Yavé: ¡Ay de ustedes, pastores de Israel: pastores que sólo se preocupan de ustedes mismos! ¿Acaso el pastor no tiene que preocuparse del rebaño?

Se alimentan de leche, se visten con lana, sacrifican los animales gordos, pero no se preocupan de sus ovejas.

No han reanimado a la oveja agotada, no se han preocupado de la que estaba enferma, ni curado a la que estaba herida, ni han traído de vuelta a

²⁷ SAN AGUSTÍN, *Sermón 46: sobre los pastores*.

la que estaba extraviada ni buscado a la que estaba perdida. Y a las que eran fuertes, las han conducido en base al terror.

Sin pastores, mis ovejas se han dispersado: siendo así presa fácil de las fieras salvajes.

Mi rebaño se dispersó por las montañas y colinas; el resto está disperso por todo el país, y nadie se preocupa o sale en su búsqueda» (Ez 34, 1-7).

Dios mismo es quien dice: «Aquí estoy contra los pastores. Yo buscaré a mis ovejas para quitárselas de sus manos, y no les dejaré apacentar mi rebaño. Así los pastores no se apacentarán más a sí mismos. Arrancaré a las ovejas de su boca, y nunca más ellas serán su presa (Ez 34,10).

b. Nuevo Testamento

Del Nuevo Testamento proponemos a modo de «temas» algunas frases que a su vez veremos en el contexto o en relación a otros lugares.

Enderezad el camino del Señor

Al evangelista Juan se lo representa como un águila por la altura teológica desde la que narra la vida de Cristo. Ya al comienzo, en el prólogo, presenta el misterio altísimo del Verbo Encarnado, que vino «a los suyos y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,11).

Inmediatamente después de este prólogo está colocado el testimonio que da Juan el Bautista. Es un pasaje que muestra claramente el nexo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre la preocupación pretérita del Dios eterno y la misión del Mesías.

Citando al profeta Isaías es que Juan responde a sus interlocutores «Enderezad el camino del Señor». Pero ¿quiénes son sus interlocutores? Transcribamos la perícopa (Jn 1, 19-24):

«Y este es el testimonio de Juan cuando los judíos enviaron a él algunos sacerdotes y levitas que le preguntasen: Tú ¿quién eres?

Y confesó (la verdad) y no negó; y confesó: Yo no soy el Cristo.

Y le preguntaron: ¿Qué, entonces, eres Elías?

Y el dijo: No soy.

¿Eres el profeta?

Y respondió: No.

Entonces le dijeron: ¿Quién eres? Para que demos alguna respuesta a los que nos enviaron: ¿Qué dices de ti mismo?

Dijo: yo soy *voz que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor*, como dijo el profeta Isaías.

Y los enviados eran de los Fariseos».

Todo lo que sigue es también interesante para nuestro tema; pero digamos algo de este trozo. Es solemne la preparación del diálogo prolijo y escueto entre Juan y los enviados. Estos «enviados» son sacerdotes y levitas, son la autoridad religiosa. Los que envían son -como dice el entero versículo 24- los Fariseos, los cuales sabemos que se jactaban de mantener pura la religión.

Es un momento importante; es el comienzo del Evangelio, es el comienzo del diálogo entre las autoridades del Pueblo de la Antigua Alianza y el primer Profeta de la Nueva²⁸. Sin embargo, la respuesta no es nueva, es la que ya había dado Isaías (40,3): «Enderezad el camino del Señor».

Si hay que enderezarlo es porque está torcido, y si se lo dice a los Fariseos es porque ellos lo torcieron. Está muy claro. No son los judíos por ser judíos a los que se refiere, sino a los que tuercen el camino; a estos Juan les dice «en medio de vosotros está el que vosotros no conocéis» (v. 26). Cristo va a decir más adelante sobre Natanael: «Ahí tenéis un verdadero israelita, en quien no hay dolo» (Jn 1,47). Éste, en su transparencia de alma, es capaz de reconocer al «Hijo de Dios, el Rey de Israel» a través de un signo, pequeño según Cristo, el cual le dirá: «¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Mayores cosas veras» (Jn 1,50).

²⁸ «Juan viene a ser como la línea divisoria entre los dos Testamentos, el antiguo y el nuevo. Así lo atestigua el mismo Señor, cuando dice: La ley y los profetas llegaron hasta Juan. Por tanto, él es como la personificación de lo antiguo y el anuncio de lo nuevo. Porque personifica lo antiguo, nace de padres ancianos; porque personifica lo nuevo, es declarado profeta en el seno de su madre» (San Agustín).

Al contrario de Natanael, a los sumos sacerdotes y fariseos no les alcanzó con tres años de ver y oír los grandiosos milagros de nuestro Señor. Es más, ellos son los que van a exigir a los pies de la cruz un signo: «A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse; El Mesías, el Rey de Israel, baje ahora de la cruz para que le veamos y creamos». Pero Jesús ya sabía que «si a Moisés y a los Profetas no escuchan, tampoco se rendirán aunque alguno resucitare de entre los muertos» (Lc 16,31).

No hay que imaginar ingenuamente que el diálogo citado más arriba se dio en un ambiente de tranquilidad e intercambio. San Mateo relata cuál fue el trato que Juan el Bautista dio a «un grupo de fariseos y de saduceos (que) habían venido donde él bautizaba, (a quienes)... les dijo: “Raza de víboras”, ¿quién os mostró el modo de huir de la ira inminente? Mostrad los frutos de una sincera conversión, pues de nada os sirve decir: “Abraham es nuestro padre”. Yo os aseguro que Dios es capaz de sacar hijos de Abraham aun de estas piedras. El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. Yo os bautizo en agua, para la conversión. Pero después de mí viene uno con mucho más poder, al que yo ni siquiera merezco llevarle las sandalias; él os bautizará en el Espíritu Santo y el fuego. Ya tiene el bieldo en sus manos para separar el trigo de la paja. Guardará el trigo en sus bodegas, mientras que la paja la quemará en el fuego que no se apaga» (Mt 3, 7-12).

Cuidaos de la levadura de los fariseos

El pobre Jesús fue incomprendido por sus mismos discípulos. Después de la segunda multiplicación de los panes que trae san Marcos, Jesús les dice a quienes lo acompañaban en la barca: «Tened cuidado y guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes» (Mc 8,14). Como llevaban un solo pan para toda la tripulación, pensaron que a esto se refería, por lo que Jesús, indignado y, al parecer, fatigado y dolorido por la soledad que experimentaba incluso junto a sus discípulos, los reprende: «¿Es que todavía no entendéis ni reflexionáis? ¿Tenéis endurecido el corazón?» (Mc 8,17). El asunto es que Jesús previene de dos levaduras de la cual nos interesa aquella «de los Fariseos».

A la luz del Sermón de la montaña que precede (Mt 5-7) a esta advertencia y donde está el «abc», el fondo y la esencia de la moral cristiana, se puede sopesar más el valor de esta sentencia. En este sermón todo apunta

a la interiorización de aquella ley que fue dictada desde aquel otro monte, el Sinaí. Transparencia, sinceridad, rectitud, caridad, pureza interior, misericordia, fe y obras, constancia en el bien, etc.; todos valores tan cristianos, tan nuestros, que no se dejan ver en su novedad si no son contrastados con el fariseísmo del ambiente en que Cristo los predicaba. Sus auditores sí eran muy conocedores de lo que Cristo condenaba con sus enseñanzas pues ellos estaban confundidos y como ovejas que no tienen pastor pues sus pastores eran falsos.

Él no había venido a «abolir la ley y los profetas» (Mt 5,17) sino a pedir que se cumpla con exactitud y profundidad porque «os aseguro, les decía, que si vuestra justicia no sobrepasa a la de los escribas y fariseos, no esperaréis entrar en el Reino de los cielos» (Mt 5,20).

Y así, constantemente, pone el antiejemlo de los fariseos para crear el contraste que permita percibir más nítidamente su mensaje: «Mirad no obréis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de lo contrario no tenéis derecho a la paga cerca de vuestro Padre que está en los cielos. Por eso, cuando hicieris limosna, no mandes a tocar la trompeta delante de ti como lo hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres (...)» (Mt 6, 1-2). «Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, porque son amigos de hacer oración de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para exhibirse delante de los hombres» (Mt 6,5). «Y cuando ayunéis no pongas cara triste como los hipócritas» (Mt 6,16). Son ellos mismos los que dan testimonio de sus penitencias evidenciando la desfachatez de su «obrar para ser visto de los hombres»: «Nosotros y los fariseos ayunamos frecuentemente, en cambio tus discípulos no ayunan» (Mt 9,14). Y continúa más y más: «No juzguéis (...) farsantes» (cf. Mt 7, 1.5). «Si hubieres entendido qué quiere decir “Misericordia quiero y no sacrificio”» (Mt 12,7 y antes en Mt 9,13).

Cristo advierte del peligro y defiende la verdad del alma religiosa, la espiritualidad verdadera. Cuando los escribas y fariseos le recriminan que sus «discípulos traspasan la tradición de los antepasados», él responde condenándolos a ellos mismos porque «traspasan el mandamiento de Dios por seguir su tradición (...) Farsantes» (cf. Mt 15, 1-3.7). «Dejadlos; ciegos son, guías de un ciego; y si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el pozo»

(Mt 15,14). «¿No entendéis (...) que las cosas que salen (...) del corazón son las que contaminan al hombre?» (cf. Mt 15,17).

Mateo, a quien venimos recorriendo, dará la explicación a eso que los apóstoles no entendieron. «¿Cómo no caéis en la cuenta de que no hablé de panes? Mas, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos. Entonces comprendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura de los panes sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos» (Mt 16, 11-12). En San Lucas se ve a las claras que no es propiamente la doctrina lo que hace particularmente peligrosa la levadura de los fariseos sino aquello que la informa: «Guardaos de la levadura de los fariseos que es la hipocresía» (Lc 12,1).

La malicia de esta falta de transparencia del alma y de pureza de intención se deja ver en aquella misteriosa profecía que hace el anciano Simeón a María y a José en el Templo: «este será puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel y como signo de contradicción (...) para que queden de manifiesto las intenciones de muchos corazones» (Lc 2,35). El hipócrita estará siempre y necesariamente en contradicción con el auténtico discípulo del «Cristo del Señor» (Lc 2,26). Lo que sucede en lo más íntimo de nuestras almas es lo que sacó a un Dios de su eternidad y lo implicó en la Historia.

¡Ay de vosotros fariseos...!

Varias veces se lamenta el Señor con ese estremecedor «Ay». En Lucas (6, 20-26) contrapone a una lista reducida de bienaventuranzas cuatro «ayes» o malandanzas. Otros «ayes» salidos de la boca de Cristo se dirigen a Corazaín y a Betsaida, ciudades incrédulas que tendrán una suerte más cruel que Tiro y Sidón (cf. Mt 11, 20-22 y Lc 10, 12-15).

En los tres sinópticos encontramos lo que se llama «invektivas contra los escribas y fariseos». Transcribimos las de Mateo por tener a continuación la lista más completa de «ayes contra los fariseos y por la precisión y severidad con que los describe.

«Entonces Jesús habló a las turbas y a sus discípulos diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos²⁹. Así pues, todo cuanto dijeren, hacedlo y observadlo; mas no hagáis conforme a sus obras porque ellos dicen y no hacen. Atan pesadas e insoportables cargas sobre las espaldas de los hombres, mas ellos ni con el dedo las quieren mover. Todas sus obras las hacen para hacerse ver de los hombres, porque ensanchan sus filacterias y alargan las franjas de sus mantos; son amigos del primer puesto en las cenas, de los primeros asientos en las sinagogas, y de ser saludados en las plazas, y ser llamados por los hombres “rabí”» (Mt 23, 1-7).

A continuación Cristo enseña la auténtica forma de ser exaltado, humillarse, y descarga todo el peso de sus lamentos sobre los escribas y fariseos (Mt 23, 13-23):

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque cerráis el Reino de los cielos delante de los hombres: que ni entráis vosotros ni a los que quieren entrar dejáis entrar.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque rodeáis mar y tierra en razón de hacer un prosélito, y cuando ya lo es, lo hacéis hijo de la gehena, el doble más que vosotros.

¡Ay de vosotros, guías ciegos!, los que decís... (Cristo pone un ejemplo concreto de la ridícula casuística rabínica). ¡Necios y Ciegos! (...)

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque pagáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y dejasteis a un lado las cosas más graves de la ley; el justo juicio, la misericordia y la buena fe; éstas hay que practicar, y aquellas no descuidarlas. ¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y tragáis el camello!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque limpiáis lo exterior de la copa y del plato, y dentro están rebosando de rapiña e incontinen-

²⁹ Cabe notar la distinción de estos dos grupos que Cristo reúne: los «fariseos» son un «partido» o escuela de pensamiento del judaísmo postexílico y los «escribas» son uno de los tres estamentos del Sanedrín. (cf. *El Pueblo judío y sus Sagradas Escrituras en la Biblia Cristiana*, Documento de la Pontificia Comisión Bíblica, Enquiridion Bíblico nn° 1963 y 1992, BAC, Madrid 2010, edición bilingüe).

cia. Fariseo ciego, limpia primero lo interior de la copa, para que también su exterior quede limpio.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque os asemejáis a los sepulcros blanqueados, que por fuera parecen vistosos, mas por dentro están repletos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por de fuera parecéis justos a los hombres, mas de dentro estáis repletos de hipocresía e iniquidad!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos y decís: “Si viviéramos en los días de nuestros padres, no seríamos cómplices de ellos en la sangre de los profetas”. De modo que os dais testimonio a vosotros mismos de que sois hijos de los que mataron a los profetas. Así que vosotros colmad la medida de vuestros padres.

¡Serpientes, engendros de víboras! ¿Cómo esperáis escapar de la condenación de la gehena?».

Si bien estas invectivas se dirigen contra las autoridades «hay que reconocer de todos modos que Mateo no restringe siempre su polémica a la clase dirigente. La diatriba de Mateo 23 contra los escribas y fariseos es seguida de una apóstrofe dirigida a Jerusalén. Toda la ciudad es acusada de “matar a los profetas” y “lapidar a los que son enviados” (23,37) y a la ciudad se le anuncia el castigo (23,38). (...) El evangelista preveía pues que las amenazas de Jesús iban a cumplirse. Estas no afectaban a los judíos en tanto que judíos, sino en tanto que solidarios con sus dirigentes indóciles a Dios»³⁰.

Cuando veáis la abominación de la desolación donde no tiene que estar...

En la Apocalíptica sinóptica hay una expresión realmente llamativa que en Mateo y Marcos presenta una pequeña diferencia pero que ambos concluyen con un «el que lee, que entienda».

El primero nos dice: «Cuando viereis la abominación de la desolación, estar donde no debe estar -el que lee entienda-» (Mc 13,14). Mateo a su vez aumenta algo que no deja dudas de ese «donde no tiene que estar». Dice:

³⁰ *El Pueblo judío y...*, Enquiritidion Bíblico nn° 1984-1985.

«Cuando viereis la abominación de la desolación, anunciada por el profeta Daniel³¹, *estar en el lugar santo* —el que lee que entienda» (Mt 24,15).

Todo el Apocalipsis sinóptico pareciera referirse a la destrucción de Israel por parte de los romanos en el año 70 d.C. donde no quedó piedra sobre piedra. Este es el tipo. El antitipo es el fin del mundo.

Así lo entiende el P. Castellani para quien «la abominación de la desolación en el lugar donde no debe estar es también el fariseísmo. Y dirán que es manía. Y no lo es (...).

Y esta opinión o presunción mía (que no doy sin pruebas) se confirma con el hecho de que este «signo» de la desolación abominable, serálo también del fin del mundo, pues al fin del mundo lo aplica Daniel; y también Cristo, como «antitypo». A los dos finales debe pues convenir el signo, a los dos desastres, al typo y al antitypo; y San Pablo cuando habla del Anticristo, da como señal el sacrilegio religioso, y no otra cosa: «Se sentará en el Templo de Dios haciéndose dios», es decir, se apoderará de la religión para sus fines, como habían hecho los fariseos; en forma aún más nefanda el Anticristo. Interpretación de la «abominación» por San Pablo.

Si creemos a San Pablo y a Cristo (que en los últimos tiempos habrá una «gran apostasía» y que no habrá ya [casi] fe en la tierra), sólo el fariseísmo es capaz de producir ese fenómeno»³².

Vosotros negasteis al Santo y al Justo...

Cuenta San Lucas en los Hechos de los Apóstoles que el Primer Papa y San Juan se opusieron frontalmente a los pastores de Israel, los cuales habían crucificado a Cristo. Es increíble la dureza de corazón que estos dejan ver cuando reaccionan contra un hombre que, en presencia de todos y con toda evidencia, sana a un cojo de nacimiento en nombre del mismísimo Jesucristo (Hec 3,6). El pescador de la Galilea predica con una sabiduría y elocuencia admirables, poniendo sobre el tapete todas las profecías que se cumplieron en aquel asesinato que el Pueblo de Israel con Herodes, Pilatos y los gentiles pertrecharon (cf. Hec 4,27). San Pedro excusa al pueblo y a

³¹ Dan 9,27; 12,11

³² L. CASTELLANI, *Las Parábolas de Cristo: Parábola del sepulcro y las víboras*, Ediciones Jauja, Mendoza 1994, 244.

los jefes, incluso a Anás y Caifás, por su ignorancia y hasta los invita a la conversión (Hec 3,17-19).

Todo este intenso episodio no terminará si no con más y más amenazas de parte del Sanedrín que se ve obligado a liberar a sus prisioneros, siendo superado por la fuerza del milagro y la fuerza de los razonamientos de estos hombres, a los que ellos consideraban «hombres sin letras y gente vulgar» (Hec 4,13).

Una vez más podemos descubrir cuán cierto es que el fariseísmo debe avanzar casi necesariamente hasta esa crueldad homicida que buscará sostener su pecado, por más grande que sea, anclándose siempre en la autoridad que posee, autoridad religiosa en este caso, autoridad moral, quizás la autoridad más influyente.

Y desde esa autoridad buscará todos los medios a su alcance para mantenerse en pie, cualquiera sea el precio que se deba pagar: impopularidad, injusticias, intrigas, mentiras, pacto con los paganos (Hec 4,27) y hasta causar la corrupción de los mismos paganos: «(...) Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis ante la faz de Pilatos, cuando Él estaba resuelto a ponerlo en libertad. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y demandasteis que os hiciera gracia a un hombre homicida, mientras que al Autor de la vida le disteis muerte» (Hec 3,13-15).

La conclusión es sencilla y el mismo Pedro les deja a ellos concluir: «Juzgad vosotros mismos si es justo delante de Dios escucharos a vosotros ante que a Dios» (Hec 4,19). Poco después comparecen nuevamente ante un Sanedrín que pregunta: «¿No os habíamos prohibido formalmente enseñar en ese Nombre?» (Hec 5,28). La respuesta ahora es categórica «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hec 5,9).

El protomártir Esteban, antes de su martirio, denuncia con coraje la herencia de sus asesinos, la oposición al Justo y sus profetas: «¡Duros de cerviz e incircusis de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres! ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaron la venida del Justo, y ahora vosotros lo habéis traicionado y asesinado; recibisteis la ley por mediación de los ángeles y no la habéis observado» (Hec 7, 51-53).

Terminemos este punto con el relato de Hegesipo³³ sobre el martirio del Apóstol Santiago el menor:

«Jacobo, el hermano del Señor, es el sucesor, con los apóstoles, del gobierno de la iglesia. A éste todos le llaman “Justo” ya desde el tiempo del Señor y hasta nosotros, porque muchos se llamaban Jacobo. No obstante, sólo él fue santo desde el vientre de su madre (...) Muchos fueron los convertidos (por su predicación), incluso entre los principales, y por ello hubo alboroto entre los judíos, los escribas y los fariseos, y decían que el pueblo peligraba aguardando al Cristo. Reuniéndose entonces ante Jacobo le decían: “Te lo rogamos: sujeta al pueblo, pues se encuentran engañados acerca de Jesús y creen que él es el Cristo. Te rogamos que aconsejes, acerca de Jesús, a cuantos acudan el día de la Pascua, pues todos te obedecemos. Porque nosotros y todo el pueblo damos testimonio de que tú eres justo y no haces acepción de personas. Así pues, persuade a la multitud para que no yerre acerca de Cristo. Pues todo el pueblo y nosotros te obedecemos. Mantente en pie sobre el pináculo del templo, para que desde esa altura todo el pueblo te vea y oiga tus palabras. Ya que por la Pascua se unen todas las tribus, incluyendo a los gentiles”.

De este modo los aludidos escribas y fariseos colocaron a Jacobo sobre el pináculo del templo, y estallaron a gritos diciendo: “¡Tú, el Justo!, al que todos nosotros debemos obedecer, explícanos cuál es la puerta de Jesús, pues todo el pueblo está engañado, siguiendo a Jesús el Crucificado”.

Entonces él contestó con voz potente: “¿Por qué me interrogáis acerca del hijo del hombre? ¡Él está sentado a la diestra del gran poder, y pronto vendrá sobre las nubes del cielo!”.

Y muchos creyeron de corazón y, por el testimonio de Jacobo, alabaron diciendo: “*¡Hosanna al hijo de David!*”; pero entonces, de nuevo los mismos escribas y fariseos comentaban: “*Hemos actuado erróneamente al procurar un testimonio tan grande en contra de Jesús, pero subamos y arrojemos a éste, para que se confundan y no crean en él*”. Así, gritaban diciendo: “*¡Oh!, ¡oh! también el Justo anda en error*”, y con este acto

³³ Citado por Eusebio de Cesarea en su Historia Eclesiástica, II, 23, 4-18.

cumplieron la escritura en Isaías: “(Saquemos al Justo, porque nos es embarazoso). Entonces comerán los frutos de sus obras”.

Entonces subieron y lanzaron abajo al Justo. Luego comentaban: “Apedreemos a Jacobo el Justo”, y empezaron a apedrearlo, pues no había muerto al ser arrojado. Pero él, volviéndose, hincó las rodillas diciendo: “Señor, Dios Padre, te lo suplico: perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Mientras lo apedreaban, un sacerdote de los hijos de Recab, hijo de Recabín, de los que el profeta Jeremías dio testimonio, rompió a gritar diciendo: “Deteneos, ¿qué hacéis? El Justo pide por nosotros”. Y cierto hombre entre ellos, un batanero, golpeó al Justo en la cabeza con el mazo que usaba para batir las prendas, y de éste modo fue martirizado Jacobo».

3. El remedio

Andamos queriendo dar con el remedio del fariseísmo y esto es querer curar de la vista a uno que ya no tiene sus ojos o como querer devolver la flexibilidad a una pata de palo. El fariseísmo no tiene perdón. No porque le falte a Dios misericordia, sino porque ellos «pecan contra el Espíritu Santo» (Lc 12,10), Espíritu de luz, Espíritu que «nos conducirá a la verdad plena» (Jn 16,13). Y así el que peca contra la luz entra a vivir inmerso en las tinieblas y de ellas no querrá salir porque no podrá quererlo. Es una especie muy particular de castigo en el que Dios no hace más que dejar de dar lo que gratuitamente daba, su abundantísima gracia, y se limita a dejar al pecador ejercer en perjuicio propio su libertad, después de tantas y tantas veces que necia y empecinadamente prefirió desoír su conciencia³⁴.

Creemos en los milagros y que la gracia eficaz de Dios puede mover el alma más endurecida que haya, obrar en ella la santificación y hacer esto del modo más brillante. Pero no podemos acá proponer el recurso al «milagro»³⁵ como remedio principal, porque no es el camino ordinario

³⁴ «Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, no queda ya sacrificio por los pecados». (Heb 10,26).

³⁵ Usamos la palabra «milagro» análogamente. Así como a la curación instantánea de una fiebre grave la llamamos milagro en cuanto al modo, así a este tipo de conversiones que están «fuera de serie».

que Dios sigue, y no es buen médico el que tan sólo señala la existencia de soluciones extraordinarias.

Nuestra ambición es indicar remedios que sigan las vías ordinarias aunque esto no excluya ni por pienso lo sobrenatural. Más aún el remedio será eminentemente sobrenatural y espiritual. La medicina adecuada, en efecto, será la que persiga la adquisición de una pura y sólida espiritualidad porque éste es el ámbito donde se desarrolla esta enfermedad: lo espiritual, lo religioso.

Por vías ordinarias entendamos, entonces, el trabajo ascético-místico que se dirige, siempre auxiliado por la gracia divina, a poner los fundamentos de la auténtica existencia religiosa y a combatir los elementos desintegradores y corrosivos.

El mismo remedio será para unos preventivo, fruto de una esmerada y adecuada educación y una prolongada fidelidad; para otros, los que ya tengan muy avanzado el virus, necesariamente será más doloroso de lo normal.

Digámoslo con precisión de una vez; el remedio al fariseísmo será «el amor sufriente» como medio excelentísimo para adquirir una auténtica espiritualidad.

El amor sufriente

¿Sufrir para acercarse a Dios? Pareciera ésta una clave de ingreso demasiado negativa y hasta un poco macabra si se quiere. ¿Puede Dios establecer el sufrimiento como sello de autenticidad de «su» religión?

Para algunos esto es imposible, porque sería casi como decir que Dios es malo puesto que quiere el mal de sus criaturas.

Sin embargo, desde esta perspectiva, la del sufrimiento, se transparente más el celo de Dios por ser amado en la pureza más limpia por sus criaturas predilectas; porque Él sabe que esa «pureza en su amor» es el mayor bien para el ser espiritual y su última perfección. Dios no admite competidores porque quiere darse entero y sabe que no podrá hacerlo en un alma donde haya otra cosa. Por eso quiere purificar y purifica más a los que más ama, porque quiere dárselos en mayor medida.

Pero ¿cuál es el modo de purificar que tiene Dios? Es extraño pero es análogo a lo que sucede cuando se quiere purificar el oro o cualquier otro metal: se le aplica un calor intenso a fin de ponerlo en un estado tal que pierde la forma y solidez que le corresponden. Sin embargo tal estado no lo aniquila sino que, corrompiéndolo en apariencia -y esto momentáneamente-, lo separa de las cosas con que venía mezclado quedando -éstas sí- aniquiladas. Una vez terminado el proceso el oro queda más limpio, valioso y reluciente.

También Dios purifica el alma y lo hace por medio del sufrimiento. Este fuego purificador se aviva por medio de las contrariedades, las humillaciones, los fracasos y los dolores físicos y morales, todas cosas por las que el alma va embelleciéndose, aunque no parezca si no que va perdiendo su vigor y esplendor propios. Lo dice el Eclesiastés (2,5): «En el fuego se purifica el oro y los que agradan a Dios, en el camino de la humillación».

Por eso el cristiano debe amar el sufrir y pedirlo; y esto no es masoquismo. De hecho, el gozo que él espera es mayor que aquel gozo que busca desenfrenadamente el hombre hedonista y mundano. Sin embargo, el cristiano, teniendo una mira tan alta, no por eso olvida el camino que se ha de recorrer: el del sufrimiento. «Por eso os alegráis, aunque ahora, por un tiempo, tengáis que estar afligidos por diversas pruebas, para que la autenticidad de vuestra fe -mucho más preciosa que el oro percedero que, sin embargo se acrisola con el fuego- sea hallada digna de alabanza, gloria y honor, cuando se manifieste Jesucristo» (1Pe 1, 6-7).

Quizás «sacrificado», en lugar de «sufriente», exprese de modo más acabado cuál es la trayectoria completa de todo este movimiento, que siempre es positivo. Porque el concepto de sacrificio parece tener más ligado a sí el de «sentido». A uno le da más lástima un hombre «sufriente» que un hombre «sacrificado», porque al primero parece que sólo le queda una opción: la resignación. En cambio, el sacrificado está lleno de esperanzas y posibilidades, fundadas precisamente en esa capacidad de sacrificarse y en los frutos que todo sacrificio da.

Sin embargo, prefiero el término «sufriente» porque considero que en él se encuentra señalado con mayor fuerza cuál ha de ser el actor o agente principal de toda religiosidad y, por lo tanto, en dónde se han de fundar las expectativas de progresos y logros en este campo. El sufriente permanece

mucho más estático y pasivo³⁶ por lo que, si no hubiera intervención de un agente externo, no hallaríamos, en su sola condición de sufriente, «la salida» o al menos «el sentido».

Muy reñido con esto está el error del Quietismo que propuso una espiritualidad melancólica y pasivista que tenía por ideal sumir a las potencias del alma en una somnolencia espiritual por medio de la cual pretendía disponer el espíritu para que «sólo Dios obre en él».

Por eso el remedio que proponemos para alcanzar la auténtica religiosidad está condicionado, para ser eficaz y verdadero, a fundarse en el principio más activo y dinámico que el hombre posee: el amor.

Hacemos uso de este término a pesar de la trivialización que ha sufrido en nuestros tiempos, porque quisiéramos reivindicar de alguna manera esta palabra tan estropeada y tan fundamental. Justamente, al ponerlo junto a aquél de «sufriente», intentamos distinguirlo del amor hedonista, del amor irenista, del amor sensiblero y empalagoso y del amor fundado en la conveniencia o la utilidad.

Nosotros hablamos de un amor «viril», no por bruto y frío, sino por contraponerlo a ese diluido en sentimentalismos y bonacherías. Viril para destacar lo que tiene de «masculino» el amor, que lo que tiene de «femenino» (la delicadeza, la atención exquisita a los detalles, la labor paciente y silenciosa, el trato afable y cariñoso, etc., etc.) no es cosa que pueda despreciarse sin el riesgo de pasarse al contrario de volverlo vinagre, no ya merengue. Y podríamos aventurarnos a decir que lo característico del varón es esa capacidad de entrega total, sin miedos, sin rodeos, sin dobles intenciones, sin centrarse en las apariencias, aunque al final aparece todo claro cuando llega hasta la entrega más externa, la de su vida física. Así, sin

³⁶ «El gesto religioso, cuando se toma conciencia de él, se vuelve mueca. Los grandes gestos de los santos no son autoconscientes, es decir, son auténticos, es decir, son divinos: *padecen a Dios* y obran en cierto modo como divinos autómatas, como obran los enamorados; *sin autosentirse*; como dicen ahora.

Entiéndanme: no les niego la libertad ni la conciencia ni la reflexión; establezco simplemente *la primacía del objeto*, que en lo religioso *es un objeto trascendente*; -la primacía sobre la práctica de la contemplación, sobre la voluntad del intelecto- o como dirían ahora, de la imagen» (L. CASTELLANI, *Cristo y los fariseos...*, 12).

dialécticas, sabiendo que de las dos facetas ha de estar adornada esta gran realidad del amor, se debe recuperar el aspecto que señalamos como perdido o disminuido.

Por último dejamos en claro que hablamos del amor sobrenatural, es decir del infundido por Dios en nuestras almas junto a todas las demás virtudes, dones y frutos que conlleva el organismo sobrenatural. Este amor infundido, la caridad, parece retraernos a la pasividad (a la cual recién nos referimos) puesto que sabemos que, si Dios no nos lo infunde, no podemos amar sobrenaturalmente. Pero acá brilla el misterio del obrar divino que tocando y moviendo lo más profundo de nuestro interior no violenta sin embargo nuestra libertad.

Esta es nuestra tesis: que sólo el sufrimiento informado por la caridad puede prevenir el fariseísmo y hasta curar de él.

No quiere ni puede ser ésta una tesis original sino en cuanto que va a los orígenes, a la raíz. Porque no hacemos en este trabajo más que coligar un punto capilar de la doctrina católica de todos los tiempos (la doctrina de la Cruz) con un mal siempre presente en el Pueblo de Dios (el fariseísmo).

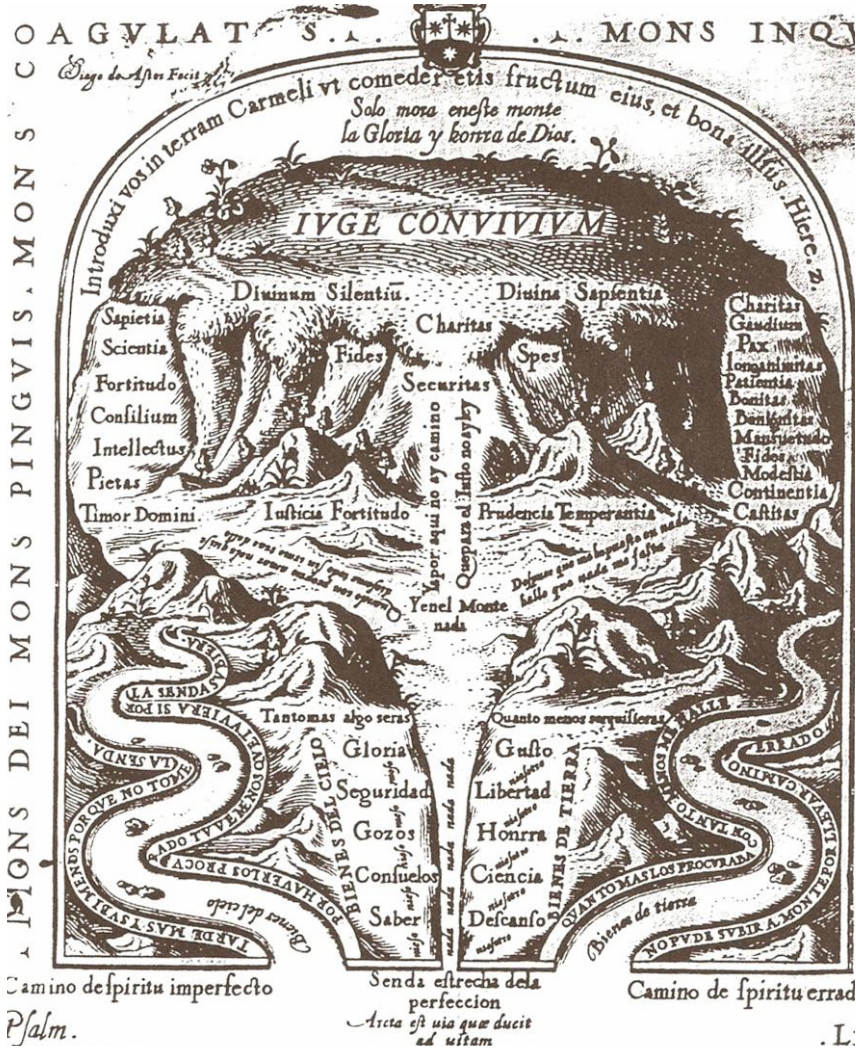
Por eso bastará con recordar a continuación algunas verdades fundamentales de nuestra espiritualidad para luego terminar con algunas breves conclusiones que den mejor orden y mayor concisión a todas estas ideas.

Espiritualidad católica: la doctrina de la cruz

Cristo murió en cruz y, desde el momento en que la auténtica espiritualidad consiste en imitarlo, solamente los crucificados serán verdaderamente religiosos.

Es doctrina, es algo enseñado; que si no fuera así, fácilmente la naturaleza podría alegar a su favor el rechazo espontáneo y natural al dolor y a la muerte. Y es doctrina repetida desde Cristo hasta hoy por todos los que tuvieron en la historia el encargo de continuar la obra de Cristo.

La cruz purifica de segundas intenciones o intenciones torcidas; la cruz forja hombres de virtudes sólidas; la cruz es saludable penitencia por nuestros pecados y los pecados del prójimo; la cruz repara por las ofensas cometidas contra Dios; la cruz...



Camino de spiritu imperfecto
Psalm.

Senda estrecha de la perfeccion
Arcta est uia que ducit ad uitam

Camino de spiritu errado
. L.

Por eso, porque sus beneficios son misteriosos y no inmediatos, es que se debe predicar mucho esta doctrina. El gozo, la alegría de la cruz, es algo sobrenatural, por lo que es necesario implorar el amor sobrenatural a la cruz como una gracia que sólo Dios podrá dar; esto causará la perplejidad de los que no comprendan esta sobrenaturalidad del don. A sus ojos pare-

cerán locos y es así, porque los que quieran ser amigos de la cruz deberán padecer la locura de la Cruz.

Juan de Yepes eligió llamarse «de la Cruz» porque tenía muy en claro todo esto. Ese crucificarse y ese buscar la cruz es lo que expuso en sus obras, frutos de su probada experiencia. Su libro, «Subida al monte Carmelo», está como resumido en un esquema que el mismo santo elaboró³⁷:

De esta altísima y segura espiritualidad queremos tan sólo señalar aquel camino que sin zigzagüeos ni peligros nos lleva a la Cumbre del Monte y que creemos que no es otra cosa que la desnudez de la cruz. Se puede ver este «atajo» al centro del dibujo, estrechamente emparedado por «los bienes del cielo» (gloria, seguridad, gozos, consuelos, saber) y «los bienes de la tierra» (gusto, libertad, honra, ciencia, descanso). La «senda estrecha de la perfección» deja todos estos bienes y se queda con la nada: «nada, nada, nada, nada, nada», repite y «en el Monte, nada».

Siglo de oro español, que en todo brilló y que tantos santos nos trajo. En ese tiempo se gestó la obra evangelizadora más exitosa de la historia. Los genios de la pastoral moderna, que fracasa sistemáticamente, deberían buscar el por qué de tal éxito. Ninguno que conozca los templos y el arte que de aquella época nos ha quedado, podrá negar que la devoción a la Pasión y muerte del Señor era una constante.

Uno de los frutos más preciosos de esta América evangelizada, Santa Rosa de Lima, cuenta lo siguiente: «El divino Salvador, con inmensa majestad, dijo: “Que todos sepan que la tribulación va seguida de la gracia; que todos se convenzan que sin el peso de la aflicción no se puede llegar a la cima de la gracia; que todos comprendan que la medida de los carismas aumenta en proporción con el incremento de las fatigas. Guárdense los hombres de pecar y de equivocarse: ésta es la única escala del paraíso, y sin la cruz no se encuentra el camino de subir al cielo”. Apenas escuché estas palabras, experimenté un fuerte impulso de ir en medio de las plazas, a gritar muy fuerte a toda persona de cualquier edad, sexo o condición: “Escuchad, pueblos, escuchad todos. Por mandato del Señor, con las mis-

³⁷ El gráfico es una reproducción más artística y más legible del original del santo.

mas palabras de su boca, os exhorto. No podemos alcanzar la gracia, si no soportamos la aflicción; es necesario unir trabajos y fatigas para alcanzar la íntima participación en la naturaleza divina, la gloria de los hijos de Dios y la perfecta felicidad del espíritu”. El mismo ímpetu me transportaba a predicar la hermosura de la gracia divina; me sentía oprimir por la ansiedad y tenía que llorar y sollozar. Pensaba que mi alma ya no podría contenerse en la cárcel del cuerpo, y más bien, rotas sus ataduras, libre y sola y con mayor agilidad, recorrer el mundo, diciendo: “¡Ojalá todos los mortales conocieran el gran valor de la divina gracia, su belleza, su nobleza, su infinito precio, lo inmenso de los tesoros que alberga, cuántas riquezas, gozos y deleites! Sin duda alguna, se entregarían, con suma diligencia, a la búsqueda de las penas y aflicciones. Por doquiera en el mundo, antepondrían a la fortuna las molestias, las enfermedades y los padecimientos, incomparable tesoro de la gracia. Tal es la retribución y el fruto final de la paciencia. Nadie se quejaría de sus cruces y sufrimientos, si conociera cuál es la balanza con que los hombres han de ser medidos”³⁸.

San Luis María Grignon de Montfort nos dejó la perla de las perlas en cuanto a la doctrina de la Cruz. Su «Carta a los amigos de la cruz» (7-8) dice³⁹:

³⁸ Del Oficio divino del 23 de Agosto, fiesta de la Santa.

³⁹ Traemos tan sólo el índice de la segunda parte de esta obra para mostrar lo concreto de su propuesta. El título de esta sección es «Prácticas de la perfección cristiana» y se subdivide así:

A. Si alguno quiere venirse conmigo - B. Que se niegue a sí mismo - C. Que cargue con su cruz - 1. Nada tan necesario: para los pecadores; - para los amigos de Dios; - para los hijos de Dios; - para los discípulos de un Dios crucificado; - para los miembros de Jesucristo; - para los templos del Espíritu Santo; - hay que sufrir como los santos; - y no como los reprobados - 2. Nada tan útil y tan dulce - 3. Nada tan glorioso D. Y que me siga: Las catorce reglas: - 1. No procurarse cruces a propósito, ni por culpa propia. - 2. Mirar por el bien del prójimo. - 3. Admirar, sin pretender imitar, ciertas mortificaciones de los santos. - 4. Pedir a Dios la sabiduría de la cruz - 5. Humillarse por las propias faltas, pero sin turbación. - 6. Dios nos humilla para purificarnos. - 7. En las cruces, evitar la trampa del orgullo. - 8. Aprovecharse más de los sufrimientos pequeños que de los grandes. - 9. Amar la cruz con amor sobrenatural. - 10. Sufrir toda clase de cruces, sin rechazar ninguna y sin elegirlas. - 11. Cuatro motivos para sufrir como se debe: -la mirada de Dios; -la mano de Dios; -las llagas y los dolores de Jesús

«Queridos cofrades, ahí tenéis los dos bandos con los que a diario nos encontramos: el de Jesucristo y el del mundo (Jn 15,19; 17,14.16). A la derecha, el de nuestro amado Salvador (Mt 25,33). Sube por un camino que, por la corrupción del mundo, es más estrecho y angosto que nunca. Este Maestro bueno va delante, descalzo, la cabeza coronada de espinas, el cuerpo completamente ensangrentado, y cargado con una pesada Cruz. Sólo le siguen una pocas personas, si bien son las más valientes, sea porque no se oye su voz suave en medio del tumulto del mundo, o sea porque falta el valor necesario para seguirle en su pobreza, en sus dolores, en sus humillaciones y en sus otras cruces, que es preciso llevar para servirle todos los días de la vida (Lc 9,23). A la izquierda (Mt 25,33), el bando del mundo o del demonio. Es el más numeroso, y el más espléndido y brillante, al menos en apariencia. Allí corre todo lo más selecto del mundo. Se apretujan, y eso que los caminos son anchos, y que están más ensanchados que nunca por la muchedumbre que, como un torrente, los recorre. Están sembrados de flores, llenos de placeres y juegos, cubiertos de oro y plata (7, 13-14)».

En el número 11 habla a los cófrades citando la «Imitación de Cristo» (II, 11,1): «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6,67). ¿También vosotros queréis abandonarme, huyendo de mi Cruz, como los mundanos, que son en esto verdaderos “anticristos” (1Jn 2,18)? ¿Es que queréis vosotros, para conformaros con el siglo presente (Rm 12,2), despreciar la pobreza de mi Cruz, para correr tras las riquezas; evitar el dolor de mi Cruz, para buscar los placeres; odiar las humillaciones de mi Cruz, para ambicionar los honores? En apariencia, tengo yo muchos amigos, que aseguran amarme, pero que, en el fondo, me odian, porque no aman mi Cruz; tengo muchos amigos de mi mesa, y muy pocos de mi Cruz».

Incluso los «santos de hoy», los santos modernos, testimonian a gritos esta absoluta necesidad de pasar por la cruz para llegar a la santidad. Es sabido, por ejemplo, que la Madre Teresa, mujer de Dios a los ojos de todos, vivió inmersa por 40 años en la noche oscura del alma. ¿Quién lo diría? La Madre Teresa abandonada de Dios o, al menos, sin poder percibir su presencia amorosa y ¡por tanto tiempo! Pero en esta oscuridad purificó al máximo su amor a Dios, se hizo fecunda y dio testimonio al mundo actual

crucificado; -arriba, el cielo, abajo, el infierno. - 12. Nunca quejarse de las criaturas. - 13. Recibir la cruz con agradecimiento. - 14. Cargar con cruces voluntarias.

que el amor es más transparente cuando está crucificado. En una carta a un sacerdote escribe: «No padre, no estoy sola, tengo su oscuridad, tengo su dolor, tengo una terrible nostalgia de Dios. Amar y no ser amado, yo sé que tengo a Jesús en la unión que no ha sido rota, mi mente está fija en Él y sólo en Él».

Lo mismo podemos decir de Juan Pablo II, el Magno, que tuvo una larga vida cargada de sufrimientos -llevados con alegría- y en ellos encontró la clave de su obra: «He meditado, he vuelto a pensar en todo esto durante mi hospitalización. Y he reencontrado a mi lado la gran figura del cardenal Wyszynski (...) Al comienzo de mi pontificado, me dijo: “Si el Señor te ha llamado, debes llevar a la Iglesia hasta el tercer milenio”. (...) Y he comprendido que debo llevar a la Iglesia de Cristo hasta este tercer milenio con la oración, con diversas iniciativas, pero he visto que eso no basta: necesitaba llevarla con el sufrimiento, con el atentado de hace trece años y con este nuevo sacrificio. ¿Por qué ahora? ¿Por qué en este año? ¿Por qué en este Año de la familia? Precisamente porque se amenaza a la familia, porque se la ataca. El Papa debe ser atacado, el Papa debe sufrir, para que todas las familias y el mundo entero vean que hay un evangelio -podría decir- superior: el evangelio del sufrimiento, con el que hay que preparar el futuro, el tercer milenio de las familias, de todas las familias y de cada familia»⁴⁰.

Esta es la doctrina católica, esto es lo que necesita saber y vivir el hombre para alcanzar su verdadera perfección. Porque si hay santos hoy en día es justamente porque no han esquivado esta estrecha y misteriosa doctrina. La otra enseñanza, la del Cristo sin cruz, no produce santos sino santurrones. Muchos repetirán que hay que predicar a Cristo resucitado, que nuestra religión es de «vivos», que ésta es la era del amor, del Espíritu Santo, etc., etc. Repetirán arguyendo que lo dicen grandes teólogos, muchos sacerdotes, obispos y hasta cardenales. Tendrán razón en apelar a la autoridad de los teólogos para iluminar su fe y conducta, pero deberían prestar atención a una cosa para poder tomar prudente distancia de sus doctrinas: estos son los pastores que introdujeron a la Iglesia en la crisis actual que es profunda y evidente. Este magisterio «light» infectó la Iglesia y el resultado

⁴⁰ Durante el «Ángelus del 29 de mayo de 1994», al volver al Vaticano después de haber estado internado algunas semanas en el hospital policlínico Gemelli de Roma.

de parroquias vacías, laicos tibios y sacerdotes mundanos es el fruto que han dejado.

A su vez, estos maestros y pastores deberían comprender que si los fieles se espantaran de la Cruz, sería ésta una reacción natural y hasta comprensible en cierto modo. Mas no por esto se debe creer que el esfuerzo pastoral ha de buscar atraer estas almas por medios más naturales, comprensibles y agradables.

Cristo mismo dijo que cuando sea elevado sobre la tierra atraería a todos hacia Él (cf. Jn 12,32). Es la Cruz la que atrae, la que «engancha». Es un atractivo sobrenatural obviamente; «es Dios el que obra en nosotros el querer y el obrar» (cf. Fil 2,13) sobrenatural. Y como es desde la Cruz que Cristo ganó esa Gracia por la que Dios habita y obra en nosotros, es necesario volver una y otra vez al origen de este don, si queremos que crezca, en nosotros y en los demás, el atractivo de Dios y sus cosas.

En cambio, si la gente se espanta tanto del misterio de la Cruz como de la parte «natural» de la Iglesia, no hay ya cómo atraer a los hombres. Y admirablemente ambas cosas consiguen los que evitan hablar de la Cruz, pues se ven obligados a hacer de su pastoreo un «show» por medio del cual intentarán mantener fascinados a sus espectadores. Pero cuando el espectáculo no salga bien, o no guste o canse, no se venderán entradas para las funciones.

Sacerdote-víctima

Como habíamos adelantado⁴¹, digamos ahora algo sobre la espiritualidad que hará de medicina para nuestro segundo grupo, el de los pastores.

La doctrina que expusimos recién, debe iluminar de modo eminente la vida de aquellos que están llamados a difundirla⁴², explicarla y hacerla

⁴¹ En la introducción del punto 2: Sujetos.

⁴² «(...) esta paciencia en los trabajos, si en verdad resplandece en el predicador, así como lo limpia de cuanto haya en él de humano y le alcanza la gracia de Dios para hacer fruto, así también es increíble hasta qué punto recomienda su labor delante del pueblo cristiano. Por el contrario, poco pueden mover las voluntades a aquellos que, a donde quiera que vayan, buscan más de lo justo las comodidades de la vida, de tal suerte que mientras tienen sermones casi no atienden a ninguna otra cosa de su sagrado

amar, especialmente la vida de los sacerdotes que tienen por vocación hacerse víctima con la Víctima.

Fulton Sheen planteaba lo siguiente: «Los seminaristas dicen: “Estoy estudiando para el sacerdocio”. ¿Qué tan a menudo dice o siquiera piensa un seminarista: “Estoy estudiando para ser un sacerdote-víctima”? Nosotros insistimos en la dignidad de nuestro sacerdocio al reprender rápidamente a aquellos que nos muestran falta de respeto. Pero, ¿alguna vez insistimos en la indignidad de nuestra inmolación?»⁴³.

Una mística⁴⁴, hija espiritual del padre Pío, transcribe uno de los tantos diálogos que tuvieron acerca de «sus» Misas y en el cual se evidencian los fundamentos de su fecundo ministerio:

- Durante la Misa ¿las punzadas de la corona de espinas y las heridas de la flagelación, son reales?

P. Pío: - ¿Qué entiendes al decir esto? Los efectos ciertamente son los mismos.

- ¿Cómo quedó Jesús después de la flagelación?

P. Pío: - El profeta dice: «Se volvió una sola llaga; se transformó en un leproso».

- Y entonces, también usted es todo una llaga de la cabeza a los pies.

P. Pío: - Y ¿no es ésta nuestra gloria? Y si no hubiera más espacio para hacer otras llagas en mi cuerpo, haremos llaga sobre llaga.

- ¡Dios mío, este es demasiado! Es usted, Padre mío, un verdadero carnicero de usted mismo.

P. Pío: - No te asustes; más bien goza. No deseo el sufrimiento en sí mismo, no; pero sí por los frutos que me da. Da gloria a Dios y salva a los hermanos. ¿Qué otra cosa puedo desear?

ministerio, de modo que parece que cuidan más de su propia salud que de la utilidad de las almas» (Benedicto XV, *Humani generis redemptionem*, 15).

⁴³ MONS. F. SHEEN, *El sacerdote no se pertenece*, Diana, México 1986, 23.

⁴⁴ C. Morcaldi, *La mia vita vicino a Padre Pio. Diario intimo spirituale*, San Giovanni Rotondo 1997. La cita la tomamos de una homilía del P. Carlos M. Bucla.

4. Breves conclusiones

a. El fariseísmo es el gran cáncer de la Iglesia

De entre las diversas realidades que puedan debilitar a nuestra Iglesia (defectos y limitaciones humanas, fracasos, pecados, escándalos, adversidades, enemigos externos e internos, herejías, cismas, apostasías, indiferencia y corrupción del hombre moderno, etc., etc.) el fariseísmo, una vez asentado en su interior, en sus miembros y estructuras, es lo más nocivo.

La Iglesia posee una fuerza espiritual tal que a todas estas dificultades puede sobreponerse. Pero el fariseísmo es tan contrario a su naturaleza y misión, tan corrosivo, que debilita y anula sus mismos sistemas de defensa.

b. Si no se lo cura, la Iglesia no cumple su misión

Está revelado que la Iglesia no caerá. Esto no nos asusta. Sin embargo su misión, su razón de ser, puede verse tan atrofiada, tan desvirtuada, vuelta tan insulsa, que asemeje una herida mortal si no su muerte. Sabemos que el Reino de Dios continuará extendiéndose en los corazones y sabemos que lo seguirá haciendo por el mismo medio con que quiso hacerlo a lo largo de la historia (por medio de la Iglesia fundada por Él mismo); pero la proporción en que lo hará dependerá mucho de la fidelidad de sus miembros y de sus apóstoles.

Porque Dios quiere que todos se salven (cf. 1Tim 2,3), pero ese querer inmutable de Dios fue condicionado y como coartado, libremente y también desde la eternidad, por aquel medio concreto que Él eligió: salvar a los hombres por medio del ministerio de otros hombres; como dice San Pablo, «plugo a Dios salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación» (1Cor 1,21).

Y no hay cosa que desdiga más y haga más estéril la predicación de los cristianos, que la repugnante falsificación que informa al fariseísmo.

c. El único remedio proporcionado es el sufrimiento informado por la caridad

El remedio propuesto es la unión al misterio de la cruz. ¿Por qué? Porque en la vida del fariseo se dio una falsificación, y lo que necesitamos ahora es una autentificación.

Y no existe cosa que signifique de modo más claro la consistencia de una cosa, su autenticidad, que el comportamiento que tiene en la adversidad. Cuando una herramienta o una máquina se ha usado mucho y se le ha exigido al máximo, se evidencia más su calidad; lo mismo un hombre que en medio de las dificultades se ha mantenido firme en el amor a Dios, deja una prueba clara de lo verdadero de su amor.

Y no sólo es «signo» del amor sino que, a su vez, la tribulación produce constancia (cf. Rom 5,3). El sufrir es un instrumento apropiadísimo para adquirir -y no solo manifestar- la firmeza necesaria para el momento de prueba, para los «saltos» al vacío que la fe exige.

Si esto es muy cierto para todo fiel cristiano, cuánto más lo será para aquellos pastores que, para ser de los buenos, han de dar su vida por las ovejas, como dijo Cristo (Jn 10,11).

Desde la cruz el ministerio del Pastor se vuelve auténtico, elocuente y eficaz. Desde la cruz el sacerdote engendrará a las almas para la misma vida que trajo la Cruz de Cristo, la vida eterna, la vida junto a los pastos abundantes que dan vida.

d. Es éste el mayor don y la mayor necesidad para la Iglesia militante

Conscientes de que caemos en redundancia una vez más, queremos que ésta sea la última conclusión para que quede más en claro que consideramos que aquello que presentamos como remedio es un elemento totalmente positivo y urgente.

Si hay algo que «necesitamos» los católicos, es abrazarnos íntima y firmemente al misterio de la Cruz. No hay otro camino y, si buscamos otros, necesariamente desvariaremos.

Apéndice⁴⁵:

Hacemos finalmente un homenaje al P. Castellani extrayendo uno de los textos más valioso que hemos encontrado sobre nuestro tema. A propósito lo hemos reservado para el final. Es él sostenido desahogo del Padre; juicio perspicaz, aunque también trágico y desafiante en el tono, dado por

⁴⁵ L. CASTELLANI, *Las ideas de...*, Excalibur, Buenos Aires 1984, 161-163.

quien parece haber percibido el fondo del Corazón de Cristo, por haber bajado hasta Él sufriendo, luchando y perseverando.

«No hay corrupción más pésima que la de las cosas óptimas.

El sacerdote debe odiar el fariseísmo en todos sus grados; es el primer deber de su ministerio celar la pureza de la virtud de la religión, la primera entre las virtudes morales; y debe discernirlo en todos sus repliegues con los ojos penetrantes del saber y del odio. Así lo odió Cristo. Le costó la vida. Jesucristo parece haber tomado el fariseísmo como empresa de su vida, como empresa personal de su poderosa personalidad viva. Jesucristo bajó a evangelizar todos los pueblos de la tierra, Él con sus discípulos; pero Él personalmente se reservó el pueblo de Israel y dejó los demás a sus discípulos. Bajó a predicar toda la ley de Dios, Él con sus discípulos; pero Él personalmente se reservó la prédica del mandato: “Amor a Dios y al prójimo”, y dejó los demás a sus discípulos. Vino a luchar contra todos los vicios, maldades y pecados; pero Él personalmente luchó contra el fariseísmo. Lo tomó por su cuenta. Ver los santos evangelios.

Empezó a quebrantar el farisaico sábado, a olvidarse de las cuartas o quintas abluciones, a tratar con los publicanos, perdonar a las prostitutas arrepentidas; a curar en día de fiesta, a decir que escuchasen a los maestros legales pero no los imitasen, a distinguir entre preceptos de Dios y preceptos de hombres de Dios, a poner la misericordia y la justicia por encima de las ceremonias, aun de las ceremonias del culto, y no del culto samaritano sino del verdadero; empezó a describir en parábolas más hermosas que la aurora el hondo corazón vivo de la religiosidad, del reino de Dios que está dentro de nosotros, y es espíritu, verdad, y vida.

Lo contradijeron, por supuesto; lo denigraron, calumniaron, acusaron, tergiversaron, persiguieron, espionaron, reprendieron. Y entonces el sereno Recitador y magnífico Poeta se irguió, y vieron que era todo un hombre. Recusó las acusaciones, respondió a los reproches, confundió a los sofisticantes con cinglantes réplicas. Y haciéndose la polémica más viva cada vez, con unos enemigos que contra Él lo podían todo, se agigantó el joven Rabbí magníficamente hasta el cuerpo-a-cuerpo, la imprecación y la fusta. Dos veces por lo menos, al principio y al fin de su heroica campaña, hizo manifestación de

violencia, no se detuvo ante las vías de hecho. Hijos de víbora, sepulcros blanqueados, raza adúltera, y el fulgurante recitado de las siete Maldiciones (Mt 23); “¡Ay a vos, escriba y fariseo hipócrita!” repetidas con fuerza inconmensurable. “Vae vobis, hypocritae!”. ¿Está eso en el Evangelio canónico? ¡Está incluso en el Sermón de la Montaña, en el “dulce”, en el “místico”, en el “poético” Sermón de la Montana (como dicen los que no lo han leído) aunque Tolstoi lo ignore y no acaben jamás de encontrarlo muchos católicos “bien”. Son los siete arbotantes de piedra de las Ocho Bienaventuranzas, el esqueleto férreo sin el cual el cristianismo se vuelve gelatinoso, y el león de Judá deviene una especie de molusco, de esos que como las ostras y los pulpos pueden tomar todas las formas que quieran.

Si Cristo hubiese sido ostra, no lo hubieran matado. Lo mataron por eso y nada más: lo mató el fariseísmo. Mas Él parece haber seguido reservándose ese enemigo personalmente. Dondequiera el fariseísmo ha empezado a mellar su Iglesia, la historia muestra que ha habido efusión de sangre y cosas divinalmente terribles. Mueren inocentes y culpados -o se salvan a veces los más culpados, reservados quizá para la otra vuelta-. Murió Cristo y Jacobo Menor y Esteban; y perecieron después los triunfantes fariseos a filo de espada romana. “Cabeza de Jacques Molay en el Templo de París, cenizas de Savonarola en el Ponte d’Arno, cuerpo de Juana de Arco en Ruán, cárcel dura de San Juan de la Cruz y amenaza de muerte y veneno, vosotros sabéis cuán diabólicamente dañino y duro es el fariseísmo. Las corrupciones del espíritu son peores que las corrupciones de la carne”⁴⁶.

⁴⁶ No creo que mi tío igualase todos esos nombres al respecto de su personal mérito o demérito. Savonarola fue justamente condenado, Juana de Arco lo fue injustamente. Pero sus jueces eran todos fariseos (Nota de Castellani).